

RENTERIA, OLORES, 50

David María TELLECHEA SANTAMARTA

Próximo a traspasar la frontera invisible del medio siglo de existencia. Mi alma se recrea en el recuerdo etéreo. De olores que fueron. Y algunos, no volverán.

Un saludo pues, para todos mis compañeros de entonces. Que igual que yo, caminan por la orilla del lago de la vida. Y sienten Rentería, cincuenta años atrás. Y sus olores, mecidos por el viento de las gaviotas. Que nos llegaban de no se que nube. Al otro lado del Jaizkibel.

Olor a mar, a salitre y olas. Que rompían sobre las lampernas. Y subía por la ladera. Y se expandía, desde la Alameda. Hasta más arriba de Gaztelutxo.

La esquila de las Agustinas, quebraba la tarde. Y aquel olor que presagiaba tormenta. Luego, el estallido del rayo. Y el chirrido de golondrinas, asustadas.

Después de la lluvia, olor a tierra mojada. A hierba verde y musgo. Y el bosque de Markola. Que olía a resina. Pero desapareció una tarde. Sobre los camiones, camino de La Papelera.

Ya es primavera. Y nosotros -vosotros- niños, camino de Centolen. Oliendo las margaritas. El grillo kir-kir. Y las flores, las campanillas, las moras aún verdes. También olía el cielo azul. Y olía a badana y a sebo de caballo. Risas infantiles que jadeaban subiendo la cuesta. Y olía el seto de aligustre. Y el heno de las metas, al pasar por Lecumberri.

Olor a sudor, a esfuerzo, a sueños de portero. Recordando el olor a linimento. Allí en Larzabal, los domingos por la tarde. Olor a puro, a farías. Y en el descanso, el olor a cerveza, tras la portería, en el ambigú.

La calle Arriba se llenaba de olor a sidra. Y a bueyes. Que pacientemente pateaban el adoquín. El líquido amarillento, desparrramaba su fragancia por el barrio. Mientras se cargaban las kupelas. Y un reguerillo espumoso. Corría cuesta abajo, por Mikelazulo, hasta Kanttalen. Y el olor a manzana, se expandía también por los aledaños. Cuando el reloj hacía sonar su voz de

metal. Allá en el campanario.

Los burros olían. Y las cuadras, en la calle Orereta. Jugábamos a canicas. Y aquellas marmitas, con leche blanca, olorosa y espesa. Y las vainas que olían a huerta, en la cesta de las casheras. Y al pasar la pescadora, con su carga sobre la cabeza. Olía a pescado-mar-playa-rocas-barcos-olas-Puntas. Anchoas plateadas. Voceaba la mercancía. Perdiéndose, luego, por calle Iglesia, hacia la Plaza del Ayuntamiento.

Después, pasaba el afilador. Fiuiiiii... fiuiiiii... Olor a esmeril y metal. Fiuiiii... fiuiiii...

Y al bajar las escalerillas, la estación del topo. Olor a tranvía, a grasa. Y por la boca del túnel, aparecía el traqueteo, amplificado en sus ecos. Entrañable balanceo. Y olor a frenos, estridentes.

Un olor dulzón y empalagoso, se desparramaba por doquier. Olía a galletas. La suave brisa del Cantábrico, llevaba en volandas su fragancia. Y las fábricas (Pakers, Olibet) en plena producción, exhalaban suspiros de huevo y azúcar, perfumando la carretera general. Y servía de filtro, al hediondo olor de la marea baja, cloaca de Papelera y detritus.

La fábrica grande olía a lino. Y el rumor de sus telares, tras los amplios ventanales. Zumbido de automóviles en la carretera. Que olían a gasolina.

Y al fin, ya de noche, cuando el trueno asomaba por detrás de San Marcos. Y la amatxo freía los huevos, olorosos en aceite verde y viscoso, a la luz de una vela. Olía a cera. Mientras la candela, crepitaba templorosa. Y fuera, comenzaba a llover.

La noche, un montón de años atrás (¿50?), se hizo más oscura. Y el recuerdo de aquellos olores de nuestra infancia. Se grabaron en el fondo de mi mente. Y de vez en cuando, surgen cual fragantes fantasmas del pasado. Recordándonos, tal vez, que cualquier olor pasado, fue mejor...